

26 DE ABRIL 2026

MÁS QUE UNA LISTA. LA BENDICIÓN DE PERTENECER A LA IGLESIA LOCAL

PASTOR DAVID SALGADO



INTRODUCCIÓN

La iglesia es más que una lista de nombres, más que un grupo de personas que se reúnen el mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar. La iglesia no es obra humana; la iglesia es construcción divina. Y si alguna vez surge la duda sobre esto, basta con leer el capítulo 16 de la carta a los Romanos.

Romanos 16:1-16 dice: «¹ Les recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia en Cencrea, ² para que la reciban en el Señor de una manera digna de los santos y que la ayuden en cualquier asunto en que ella necesite de ustedes, porque ella también ha ayudado a muchos y aun a mí mismo. ³ Saluden a Priscila y a Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, ⁴ los cuales expusieron su vida por mí, a quienes no solo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles. ⁵ Saluden también a la iglesia que está en su casa. Saluden a mi querido hermano Epeneto, que es el primer convertido a Cristo en Asia. ⁶ Saluden a María, que ha trabajado mucho por ustedes. ⁷ Saluden a Andrónico y a Junias, mis parientes y compañeros de prisión, que se destacan entre los apóstoles y quienes también vinieron a Cristo antes que yo. ⁸ Saluden a Amplias, mi querido hermano en el Señor. ⁹ Saluden a Urbano, nuestro colaborador en Cristo, y a mi querido hermano Estaquis. ¹⁰ Saluden a Apeles, el aprobado en Cristo. Saluden a los de la casa de Aristóbulo. ¹¹ Saluden a Herodión, mi pariente. Saluden a los de la casa de Narciso, que son del Señor. ¹² Saluden a Trifena y a Trifosa, obreras del Señor. Saluden a la querida hermana Pérsida, que ha trabajado mucho en el Señor. ¹³ Saluden a Rufo, escogido en el Señor, también a su madre y mía. ¹⁴ Saluden a Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a los hermanos con ellos. ¹⁵ Saluden a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, y a Olimpas, y a todos los santos que están con ellos. ¹⁶ Salúdense los unos a los otros con un beso santo. Todas las iglesias de Cristo los saludan».

Al leer este pasaje surgen muchos nombres poco conocidos para el lector moderno, y leerlos podría parecer simplemente un listado. Pero no lo es. Es una fotografía de una iglesia local: la iglesia de Roma en el primer siglo. Una comunidad formada por personas que jamás habrían estado juntas según los estándares culturales de su época, y que sin embargo oraban juntas, comían juntas y se cuidaban mutuamente.

Romanos 16 parece el capítulo menos teológico de la carta, pero en realidad es uno de los más profundos. Aquí Pablo no define doctrinas; las presenta respirando y caminando. Romanos 1 al 11 explica el evangelio con detalle, los capítulos 12 al 15 muestran cómo se aplica a la vida de la iglesia, y Romanos 16 lo presenta con rostro humano —como la evidencia viva de lo que el evangelio hace: una iglesia local, diversa pero unida en Cristo, viviendo en obediencia a la fe y proclamando el evangelio entre las naciones para su gloria.

El argumento central de este discipulado busca convencerte de una verdad que no ha cambiado en miles de años: **para disfrutar la bendición de pertenecer a tu iglesia, vive la verdad en comunidad.** La pregunta que surge entonces es: ¿cómo se vive la verdad en comunidad? Pablo muestra que una iglesia lo hace haciendo tres cosas: conservando la unidad, protegiendo la comunidad y adorando al proclamar la verdad.

I. CONSERVA LA UNIDAD

Pablo no comienza con estrategias ministeriales ni con programas; comienza con personas. Romanos 16 está lleno de nombres propios — más de treinta personas distintas: hombres y mujeres, judíos y gentiles, esclavos y libres, ancianos y jóvenes. Gente que jamás habría convivido bajo circunstancias normales, pero que en Cristo es una sola familia.

Para muchos, después de años en una misma iglesia local, ese lugar se convierte en algo más que un edificio: se convierte en hogar — donde se celebran bodas y nacimientos, donde se llora una pérdida y se recibe consuelo. Dios ha sostenido generaciones enteras en la iglesia local. Pero la pregunta que cada creyente debe hacerse es: ¿voy a disfrutar esa bendición, o solo voy a asistir?

En Romanos 16 se ve algo fundamental: **la unidad no se inventa, se conserva**. La unidad no fue iniciada por los creyentes; fue iniciada por Cristo. La pregunta, entonces, es cómo se conserva.

1. Se conserva honrando a las personas. Pablo menciona nombres uno por uno —no por protocolo, sino porque para Dios las personas no son números. En una iglesia numerosa existe el riesgo real de conocer programas y ministerios, pero no a personas. El llamado es claro: quien dice amar a la iglesia pero no conoce nombres, no sirve a nadie y no se deja pastorear, no ama a la iglesia bíblica —ama una idea propia de ella, construida según su conveniencia.

2. Se conserva sirviendo juntos. Romanos 16:21–24 muestra que Pablo no trabajaba solo. Así como saludó a diferentes personas en Roma, también reconoció a quienes servían con él:

«²¹Timoteo, mi colaborador, los saluda, y también Lucio, Jasón y Sosípater, mis parientes. ²² Yo, Tercio, que escribo esta carta, los saludo en el Señor. ²³Gayo, hospedador mío y de toda la iglesia, los saluda. Erasto, el tesorero de la ciudad, los saluda, y el hermano Cuarto».

Había colaboradores, había equipo, había comunidad en misión. Dios no levanta supercristianos; levanta familias espirituales. Nadie crece solo, nadie madura solo y nadie puede cumplir la misión solo. En una iglesia con muchos ministerios, no se trata simplemente de una estructura —se trata de un cuerpo. No son departamentos ni áreas; son miembros de un mismo cuerpo.

3. Se conserva practicando afecto santo. El versículo 16 dice: «**Salúdense con beso santo**». Eso no es una formalidad cultural; es cercanía, es afecto en el Señor, es amor visible en Cristo. La unidad no es solo teológica — es relacional. Se ve, se siente, se experimenta.

En la Roma del primer siglo, el esclavo no comía con el amo, la mujer no tenía reconocimiento público, y judíos y gentiles no se mezclaban. Pero Romanos 16 muestra lo contrario: esclavos y libres llamándose hermanos, mujeres siendo reconocidas por su trabajo en la obra del Señor, judíos y gentiles sirviendo juntos, hogares convertidos en iglesias. ¿Por qué? Porque esa comunidad no estaba unida por personalidad, ni por trasfondo social, ni por historia compartida. Estaba unida por la sangre de Cristo.

Cristo no borra las diferencias; hace algo mejor: las redime. El evangelio no crea uniformidad — crea unidad. Y eso es visible en toda comunidad donde el evangelio es real y opera con poder.

Esta verdad es hermosa, pero Romanos 16 no fue escrito para admirarse solamente: fue escrito para vivirse. El texto confronta directamente: no se puede vivir como consumidor en la iglesia local. Cristo no llamó a asistir; llamó a pertenecer. No solo a venir, sino a pertenecer. No solo a observar, sino a participar. No solo a recibir, sino a servir.

Una iglesia numerosa ofrece la oportunidad de vivir en comunidad con más personas, de amar a más personas y de servir a más personas. Pero vivir en comunidad requiere perdonar, servir, soportar, amar y permanecer. Quien solo viene a recibir y nunca a dar, sin darse cuenta, comienza a vivir como cliente — y no como cristiano.

Hay quienes, al sentirse insatisfechos, dicen marcharse de una congregación porque "no hay amor." Pero cuando se examina su participación real —si completaron el proceso de membresía, si se involucraron en el discipulado, si sirvieron en algún ministerio — con frecuencia la respuesta es negativa en todos los frentes. La pregunta que el texto impone es otra: ¿cómo se mostró amor hacia la iglesia? La comunidad bíblica no se recibe pasivamente; se construye activamente.

Algunos pueden argumentar que tienen comunidad fuera de la iglesia — con compañeros de trabajo, amigos de la universidad o grupos recreativos. Pero cabe la pregunta: ¿es comunidad real, o algo que imita la comunidad? El mundo promete comunidad, pero produce competencia. Promete inclusión, pero genera rechazo.

La iglesia es imperfecta — porque todos los que la forman son pecadores que están madurando juntos. Pero es el único lugar donde se puede confesar el pecado sin perder la identidad, llorar sin vergüenza, caer y seguir siendo amado, e interceder fielmente unos por otros. Nada de eso se encuentra en ninguna otra comunidad humana. Y es que no se puede tener a Cristo sin su pueblo: el evangelio no es "Jesús y yo solos"; Cristo salva y transforma para que el creyente pertenezca a su cuerpo, que es la iglesia.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué nos muestra el hecho de que Pablo termine Romanos nombrando personas una por una? ¿Qué dice eso sobre lo que el evangelio produce?

Preguntas de reflexión

1. Hay una diferencia entre asistir a la iglesia y pertenecer a ella. ¿En tus propias palabras, cuál es esa diferencia? ¿Dónde te ubicas honestamente tú?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

En Romanos 16 se ve el evangelio convertido en nombres, la doctrina en afecto, la misión en amistad, la verdad en comunidad y la fe en familia. Una comunidad así es una bendición de Dios — y todo lo que es valioso necesita cuidado. Por eso una iglesia que conserva la unidad también debe proteger la comunidad.

2. Pablo describe una comunidad de personas que jamás habrían estado juntas fuera de Cristo. ¿Hay alguien en esta iglesia con quien tú no tendrías relación fuera de ella? ¿Qué dice eso sobre el poder del evangelio en tu propia vida?

3. ¿De qué maneras específicas estás honrando a los hermanos de la iglesia local? ¿Con qué actitud estás sirviendo a otros? ¿Cómo estás mostrando afecto santo por los demás?

II. PROTEGE LA COMUNIDAD

Romanos 16:17–20 dice: «¹⁷ Les ruego, hermanos, que vigilen a los que causan disensiones y tropiezos contra las enseñanzas que ustedes aprendieron, y que se aparten de ellos. ¹⁸ Porque los tales son esclavos, no de Cristo nuestro Señor, sino de sus propios apetitos, y por medio de palabras suaves y lisonjeras engañan los corazones de los ingenuos. ¹⁹ Porque la noticia de la obediencia de ustedes se ha extendido a todos; por tanto, me regocijo por ustedes, pero quiero que sean sabios para lo bueno e inocentes para lo malo. ²⁰ Y el Dios de paz aplastará pronto a Satanás debajo de los pies de ustedes. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con ustedes».

Pablo ha estado escribiendo con gratitud y afecto genuino. Entonces cambia de tono. Después de saludar con afecto, advierte con autoridad —no porque haya dejado de amar, sino precisamente porque ama. El amor que no advierte no es amor bíblico.

Pero antes de escuchar la advertencia, es necesario escuchar el fundamento desde el cual Pablo la da. **El versículo 20** declara: «**El Dios de paz aplastará pronto a Satanás debajo de los pies de ustedes**». Pablo tiene en mente aquí la promesa más antigua del evangelio: Génesis 3:15, cuando después de la caída Dios promete que la serpiente será aplastada por el descendiente de la mujer —Cristo. Esa promesa ya fue cumplida. El enemigo fue vencido en la cruz. La iglesia, entonces, debe actuar desde esa certeza.

Esto es fundamental: la iglesia no protege su comunidad desde el miedo, sino desde la victoria de Cristo. Hay una diferencia enorme entre una iglesia que cuida lo suyo porque teme perderlo, y una iglesia que cuida lo suyo porque sabe que pertenece a Alguien más grande que ya venció. Desde esa victoria, Pablo da una advertencia en dos partes.

1. Protege a la comunidad de lo que la destruye por dentro. Pablo escribe: «Vigilen a los que causan disensiones y tropiezos contra las enseñanzas que ustedes aprendieron, y que se aparten de ellos». Pablo no está describiendo enemigos externos —no son perseguidores romanos ni ateos con argumentos elaborados. Son personas de adentro, con palabras suaves, con discursos atractivos, con la apariencia de pertenecer.

Lo que estos producen no es una crisis doctrinal visible, sino algo más silencioso y destructivo: disensiones —grietas relacionales que van abriendo pequeñas fisuras hasta dividir. Este peligro se manifiesta en algo que todos han visto y muchos han practicado sin llamarlo por su nombre: la murmuración, el chisme, el resentimiento que no se resuelve sino que se guarda. Pablo dice que quienes hacen esto “no sirven a Cristo sino a sus propios apetitos”, porque la murmuración nunca es neutral —siempre sirve al ego, al dolor no llevado a Cristo o al resentimiento que encontró una salida más cómoda que el perdón.

Algo debe quedar claro: se necesitan dos para que haya chisme. Quien recibe una queja sobre un hermano, la procesa y la retransmite, no es víctima —es cómplice. Por eso Pablo usa dos verbos activos: vigilen —porque proteger la comunidad es responsabilidad de cada miembro, no solo de los pastores— y apártense, que significa no alimentar lo que destruye, sino confrontar con amor siguiendo el camino de Mateo 18:15-17: ir primero a solas al hermano, luego con testigos y, si es necesario, acudir a la autoridad de la iglesia.

¿Y qué hay de las relaciones rotas? ¿Qué hay del resentimiento que ya lleva meses o años? En una iglesia en la que se ha caminado juntos por muchos años, hay historia acumulada —hay bendición acumulada, pero también hay heridas acumuladas— Hay personas que sirvieron lado a lado durante años y hoy no se hablan. Hay ofensas que nunca se nombraron y por eso nunca sanaron.

El evangelio tiene una palabra para eso. No es “supéralo” ni “el tiempo lo cura.” La respuesta del evangelio es: vayan, reconcíliense, perdonen como han sido perdonados. Porque una iglesia que proclama el evangelio de la reconciliación y al mismo tiempo tolera relaciones rotas sin intentar sanarlas, predica con las palabras lo que niega con la vida.

2. Protege la comunidad de lo que la debilita por dentro. Pablo escribe: «La noticia de la obediencia de ustedes se ha extendido a todos; por tanto, me regocijo por ustedes, pero quiero que sean sabios para lo bueno e inocentes para lo malo». Pablo elogia a la iglesia en Roma por su obediencia, pero aun así les dice: sean sabios, disciernan.

¿Por qué decirle eso a una iglesia obediente? Porque la obediencia sin discernimiento es vulnerable. Se puede asistir fielmente, servir, dar, estar presente cada domingo, y al mismo tiempo estar siendo formado espiritualmente por una manera de pensar que no es la del evangelio.

Preguntas de comprensión

1. ¿Por qué Pablo da la promesa de Génesis 3:15 en medio de una advertencia? ¿Qué diferencia hace ese fundamento en el tono con que la iglesia protege su comunidad?

El problema no siempre son las herejías declaradas. Muchas veces es más sutil —y más peligroso precisamente por eso. Es la mezcla: el cristianismo mezclado con una cultura que pone el yo en el centro, que presenta la fe como herramienta para vivir mejor y alcanzar el propio potencial. Pero el evangelio no llama a realizarse; llama a morir. No llama a encontrarse a uno mismo; llama a negarse. No llama a poner el propio bienestar en el centro; llama a poner a Cristo en el centro y al prójimo antes que a uno mismo.

Cuando esa mezcla entra en la iglesia produce individuos religiosos —no miembros del cuerpo.— Personas que consumen la comunidad sin contribuir a ella, que evalúan la iglesia según lo que reciben y se van cuando algo no satisface sus expectativas. Dios da la iglesia no como un servicio que se contrata, sino como una familia a la que se pertenece —con todo lo que eso implica: amar, cargar, soportar, perdonar y permanecer—. Por eso Pablo dice: «Sean sabios para lo bueno e inocentes para lo malo». No todo lo que suena cristiano forma en Cristo.

Y así se vuelve al versículo 20: «El Dios de paz aplastará pronto a Satanás debajo de los pies de ustedes». Pablo no dice “el Dios de la guerra” ni “el Dios de la batalla.” Dice el Dios de paz. Porque la victoria sobre el enemigo no hace a la iglesia violenta, ansiosa ni desconfiada. La hace tranquila y segura en Cristo. Le permite cuidar sin amargura, confrontar sin crueldad, perdonar sin desconfianza. La iglesia que sabe que su Dios ya venció —no protege su comunidad desde el miedo— la protege desde la confianza de quien conoce el final de la historia.

Protege a la comunidad. Cuida a la iglesia. Hazlo desde la victoria que ya es nuestra en Cristo. Y recuerda que cada vez que la iglesia se reúne, cada vez que proclama el evangelio, cada vez que permanece en la verdad, está participando en esa victoria.

Preguntas de reflexión

1. ¿Por qué crees que la murmuración es tan común dentro de las iglesias? ¿Qué dice sobre nosotros el hecho de que sea más fácil quejarse con un tercero que hablar directamente con quien nos ofendió?
2. La próxima vez que alguien te traiga una queja o un chisme sobre un hermano, ¿qué vas a decir?
3. ¿Hay una relación rota o una ofensa no resuelta con alguien de la iglesia? ¿Cuál sería el primer paso concreto hacia la reconciliación esta semana? ¿Cuándo lo vas a dar?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

III. ADORA PROCLAMANDO LA VERDAD

Después de advertir el peligro, Pablo levanta los ojos hacia la meta. No termina con miedo; termina con adoración. Porque la iglesia no solo existe para cuidarse a sí misma, sino para glorificar a Dios proclamando la verdad.

Romanos 16:25–27 dice: «²⁵Y a Aquel que es poderoso para afirmarlos conforme a mi evangelio y a la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que ha sido mantenido en secreto durante siglos sin fin, ²⁶pero que ahora ha sido manifestado y por las Escrituras de los profetas, conforme al mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las naciones para guiarlas a la obediencia de la fe. ²⁷Al único y sabio Dios, por medio de Jesucristo, sea la gloria para siempre. Amén».

Pablo termina con una doxología. Doxología es responder a Dios en adoración por lo que Él es y por lo que Él ha hecho. Después de treinta nombres, después de afectos y advertencias, después de todo lo que ha dicho sobre cómo vivir juntos, Pablo no termina con una estrategia, termina adorando. Porque la sana teología siempre termina en adoración.

Esta doxología enseña cuatro verdades que deben marcar a toda iglesia.

1. Dios es quien sostiene a su iglesia. «A Aquel que es poderoso para afirmarlos». Pablo no dice “ustedes son capaces de mantenerse firmes.” Dice: “Hay Uno que es poderoso para afirmarlos.” Después de décadas de historia en una iglesia local —de generaciones que han pasado por sus puertas, de crisis, de pérdidas, de momentos en que humanamente todo podría haber terminado— lo que ha sostenido a la iglesia no es su estructura, ni su historia, ni la fuerza de sus miembros. Es el poder de Dios. Es su gracia.

Y esta puede ser la verdad más práctica que un creyente puede llevarse. Habrá un momento — quizás ya está siendo vivido— en que no se tengan fuerzas para pertenecer, perdonar, permanecer, o volver el domingo siguiente después de una semana difícil. En ese momento es necesario recordar que la permanencia en la iglesia no depende únicamente de la voluntad propia, del conocimiento o de las fuerzas personales. Depende del poder de Aquel que prometió edificar su iglesia y que las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Esto lleva a adorarlo.

2. El centro que nos une es el evangelio. «Conforme a mi evangelio y a la predicación de Jesucristo». Hay algo significativo aquí. Pablo lleva dieciséis capítulos escribiendo sobre el evangelio a los romanos, y al final lo llama "mi evangelio." No porque lo haya inventado, sino porque al haberlo recibido, lo ha experimentado, ha sufrido por él, lo ha proclamado y lo ha vivido. Años después de predicarlo lo sigue llamando así con la misma intensidad, con la misma urgencia, con el mismo asombro. ¿Puedes decir lo mismo? ¿O el evangelio se ha vuelto familiar hasta el punto de ya no sorprenderte?

El centro no eres tú ni soy yo. No es la iglesia. No es el ministerio. El centro es Cristo y Su evangelio. Cristo vino. Vivió la vida perfecta. Murió en la cruz. Resucitó. Y hoy reina. Y todo lo que somos como iglesia depende de eso. Una iglesia que pierde el evangelio pierde su razón de existir. Puede seguir teniendo programas. Puede seguir reuniéndose. Pero ha perdido su alma.

El centro es Cristo: quien vivió una vida perfecta, murió en la cruz, resucitó y hoy reina. Y todo lo que la iglesia hace depende de eso. Esto lleva a adorarlo.

3. La misión es proclamarlo. «Se ha dado a conocer a todas las naciones para guiarlas a la obediencia de la fe». Todo lo expuesto en este pasaje —la unidad, la comunidad, los nombres, las relaciones, el afecto, la protección— tiene un propósito que va más allá de la iglesia misma: la misión. La iglesia no existe para ser cómoda; existe para ser enviada.

Romanos 16 comienza con Febe, una mujer que emprende un viaje. Antes de partir, Pablo le encomienda una carta, la más importante de la historia de la iglesia. Ella va de Cencrea a Roma, cruza el mar, enfrenta caminos peligrosos. Y cuando llega, entrega el evangelio a una iglesia en la ciudad que era el centro del mundo conocido en ese momento.

Esa es la imagen con la que termina Romanos: no una iglesia encerrada en sí misma, contando sus nombres y cuidando su comodidad, sino una iglesia en movimiento, enviando, yendo, proclamando. Dios no planta una iglesia local por accidente. La ubica en una ciudad, en un momento histórico, con una historia particular, porque hay personas en esa ciudad que aún no conocen el nombre que está sobre todos los nombres.

Dios no plantó esta iglesia en San Salvador por accidente. Nos puso aquí —en esta ciudad, en este momento, con esta historia— porque hay personas en esta ciudad que aún no conocen el nombre que está sobre todos los nombres. Tus hijos, vecinos, compañero de trabajo, —que te pregunta por qué eres diferente—, tu familiar que todavía no ha creído. Todos ellos son el “todas las naciones” de Pablo en tu vida cotidiana. Y una iglesia enviada crece porque su mirada está puesta en algo más grande. Esto lleva a adorarlo.

Una iglesia enviada crece porque su mirada está puesta en algo más grande que ella misma.

Quizás quien lee estas páginas conoce bien el lenguaje de la iglesia, ha escuchado el evangelio muchas veces pero sabe, en lo profundo, que nunca ha habido una entrega real a Cristo. La respuesta es el evangelio: no una religión, no intentarlo con más fuerza. Cristo vivió la vida que ningún ser humano ha podido vivir —una vida sin pecado— y murió recibiendo el castigo que cada persona merece, para perdonar sus pecados. Resucitó para dar vida. Y hoy llama a arrepentirse, a reconocer que se ha vivido para la propia gloria y no para la gloria de Dios, y a creer en él. Quien hace eso, pasa a pertenecer: con nombre propio en la lista de Dios, para siempre.

4. La meta es la gloria de Dios. «Al único y sabio Dios, por medio de Jesucristo, sea la gloria para siempre. Amén». La gloria es suya, no nuestra. No la reputación propia. No el legado personal. La gloria es de Él, para siempre.

Preguntas de comprensión

1. ¿Por qué es importante que Pablo termine Romanos con una doxología y no con un llamado a la acción? ¿Qué dice eso sobre la relación entre lo que creemos y cómo respondemos?

Romanos 16 está lleno de nombres: treinta personas que Pablo conocía, amaba y reconocía. Personas reales con historias reales. A excepción de Pablo, ninguno de ellos es famoso hoy. Ninguno tiene monumentos con su nombre. Probablemente nadie fuera de los estudiosos de la carta a los Romanos sabe en realidad quiénes fueron. Pero sus nombres están en la Palabra de Dios, para siempre. Porque Dios es fiel con quienes fueron fieles. Y su llamado no es a la fama, sino a glorificarlo por medio de la fidelidad.

Febe fue fiel llevando una carta. Priscila y Aquila fueron fieles abriendo su casa. María fue fiel trabajando. Nadie hizo algo extraordinario. Pero en lo ordinario de lo que cada uno hizo, había una fidelidad a Dios extraordinaria y eso trajo gloria a Dios.

Dios ha puesto a cada creyente en su iglesia local no para que solo observe, sino para que adore, proclame la verdad y forme parte activa de ella. Así da gloria a Dios.

Para disfrutar la bendición de pertenecer a tu iglesia, vive la verdad en comunidad. Y eso se ve así: conservando la unidad, protegiendo la comunidad y adorando proclamando la verdad.

Preguntas de reflexión

1. ¿Cómo reconocerías en tu propia vida si el evangelio se ha vuelto “familiar” para ti? ¿Cuáles serían las señales de que ya no te sorprende?
2. ¿Hay una persona específica en tu vida —un hijo, un vecino, un compañero de trabajo, un familiar— que representa tu “todas las naciones”? ¿Qué paso concreto darás esta semana para proclamarle el evangelio?
3. ¿Qué cosa ordinaria puedes hacer con fidelidad extraordinaria en tu contexto inmediato para glorificar a Dios?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

CONCLUSIÓN

Toma un momento para que cada persona escriba en un papel: “Doy gracias a Dios por...” ...y escribe uno o dos nombres de personas de esta iglesia que han sido una bendición en tu vida.

Y guarden esa lista. Si se mudan se les puede olvidar cualquier cosa, pero no esa lista. Porque para ustedes no es una lista. Es más que una lista. Es el recordatorio de que Dios usó personas reales para sostener su vida. Y para gloria Suya.

Y algún día, cuando estemos delante del Señor no recordaremos edificios, ni programas. Recordaremos rostros: nombres, personas, hermanos. Y veremos que muchos de esos nombres estarán ahí. Esperándonos. Diciéndonos: “Bienvenido a casa.”

Y entenderemos algo con claridad: **Esto nunca fue solo una lista... es más que una lista. Esto es la iglesia.**

ALABANZAS | DOMINGO 26 DE ABRIL, 2026

En nuestra iglesia siempre buscamos que puedas integrarte y disfrutar mas de la adoración comunitaria, por tal razón compartimos el siguiente listado de alabanzas para que adores a nuestro Señor Jesucristo:

Mi alma te canta

Adoración La IBI.

[Escuchar aquí](#)

Él me sostendrá

Ada Habershon y Matthew Merker.

[Escuchar aquí](#)

Gracias por ser parte de nuestra comunidad. Te invitamos a apoyar nuestro ministerio para seguir produciendo recursos como este. Puedes ofrendar a través de:

graciasobregracia.org/ofrendas
o escaneando el siguiente código:

